

Lg

LA CASA TATUADA

De todas las cosas que habían sucedido, aquella forma de mostrar el amor fue, sin duda, la más singular que alguien pudiera recordar. Esta historia empieza en la estación de tren de una ciudad pequeña. Alegra era una joven graduada en Bellas Artes, de origen extremeño que había aprovechado todas las becas para descubrir lo bueno que puede ofrecer el mundo. Y así alimentar su pasión por la arquitectura, el arte que se mostraba sin pudor en forma de edificios. Ahora a sus veintitantos, y con su afán por el conocimiento intacto, se iniciaba en el camino del doctorado, que con la perspectiva laboral más que incierta, se le antojaba una buena manera de enriquecer sus expectativas.

Pero ¿qué hacer? Bueno, había que recoger ideas, pero tenía claro que la arquitectura, y en especial las fachadas, tenía que ser parte primordial. Su fijación por las fachadas venía de lejos, cuando pasaba la canícula estival en el pueblo extremeño de su padre, en esa penillanura, seca y luminosa, en el corazón mismo de las Extremaduras, cuando en un secarral digno del mejor cine de Sergio Leone, en plena siesta, sin que ningún cuerpo ni alma pudiera estar por las calles, recorría en bici, en compañía de sus primos, todos los rincones del pueblo. Su pueblo veraniego no podría decirse que fuese pintoresco, al uso de los lugares del norte, era más bien soso, gris y apocado. Pero de vez en cuando, tras las casas encaladas, granuladas, de paños sin alma, surgían lienzos de color miel, en el que se tatuaban unos dibujos, ora geométricos, ora lineales, ora ornamentales. Esa singularidad hacía que Alegra se frenase en seco y se quedara unos minutos contemplando esas excéntricas fachadas. Sus primos se enfadaban porque se paraba continuamente, pero ella no podía evitarlo.

— Venga, prima, así no hay manera.

— Sí, sí, un momento, mira que dibujos más...

— Que sí, que sí, vámonos.

Tenía claro que aquellas fachadas del pueblo de sus raíces que tanto la fascinaban de pequeña iba a ser el motivo de su doctorado. En esos instantes no sospechaba que un trabajo académico le pudiera llevar por el camino que la llevó. No se lo podía ni imaginar. El origen morisco de ese tipo de fachadas, en una zona fronteriza y con escasos ejemplos en el resto de la comarca le hizo cavilar sobre las razones de su existencia, su supervivencia y, sobre todo, su exclusividad. Una fachada es la carta de presentación de una casa, de sus propietarios, pero también son tatuajes de una historia y una vida de todo un pueblo. Alegra, antes de bajar del tren y dirigirse a la estación de autobuses para terminar el último tramo del camino, se había informado de la técnica de fachadas que había en el pueblo de su padre. Una técnica decorativa que consiste en hacer incisiones sobre el cuerpo del objeto o pared, en la parte superficial, de manera que quede al descubierto la capa inferior, que es de otro color. Generalmente se usan plantillas para conseguir motivos geométricos de repetición. Se aplica sobre el enlucido de un muro, sobre objetos de cerámica y en la Edad Media sobre manuscritos en las ilustraciones en oro. Era una técnica decorativa pero también práctica, ya que no hay que realizar el trabajo anual de encalar las fachadas y por su resistencia al paso del tiempo. En el pueblo había ejemplos de fachadas muy antiguas que aguantan el paso del tiempo sin ninguna restauración.

Esgrafiado. El término que da nombre a la técnica proviene del italiano, que viene a significar hacer incisiones o rascar con una herramienta especial. El proceso sobre un muro

tiene una preparación previa. Se extiende un rebozo que generalmente es el de tono más oscuro y se deja secar. Cuando ya está seco se extiende una capa fina del mismo color. Antes de que se seque del todo esta segunda capa, se extiende otra de otro tono que suele ser más claro y con un grosor especial, según los casos. Al cabo de un tiempo prudencial se hace el estarcido, que consiste en estampar los dibujos sobre la superficie pasando una brocha, cisquero o muñequilla por la plantilla donde los dibujos están recortados y después se hace el rascado y las incisiones oportunas para que quede al descubierto la capa o las capas de dentro.

Bueno la teoría ya la sabía, ahora a ver la práctica. Al cabo de media hora de autobús, Alegria, llegó a su destino. Al lado de la iglesia bajó del vehículo y durante unos instantes los recuerdos de sus primos en bicicleta, con la *solaera* apretando, le vino a la memoria de forma intensa. En ese momento, se le acercó una señora de mediana edad, con una plácida y sincera sonrisa le dijo:

— Tú debes ser Alegria ¿no? madre mía, lo que has cambiado, con lo *escurría* que eras de chica. Hablaste conmigo el otro día, yo soy Quili. Dame dos besos— Así, todo seguido.

— Mi padre tiene muchas ganas de venir, pero claro, entre unas cosas y otras nunca tiene ocasión, algún día se escapa, seguro— dijo, Alegria, con escasa convicción, la verdad.

— Eso, eso que vengan a las fiestas verás que bien se lo va a pasar— dijo animosa la prima Quili.

Los primeros días, Alegria, fue saludando y visitando a todo el mundo, que la recibían como una más del pueblo. Es la diferencia entre ser forastero, y sentirse forastero. Si tu familia es de allí, aunque lleves décadas sin venir, nunca serás un forastero y a partir de aquí

ya tienes tu sitio en la vida. Así casi sin querer ya podría decir que estaba en su pueblo. Una vez asentada, y pasados los primeros días de reconocimiento y saludo, Alegra, se puso manos a la obra. Lo primero que hizo fue buscar un cicerone de lujo, Damián, el hijo de la Quili, con el que ya recorría en bicicleta aquellos años mozos.

— Bueno, Damián— dijo Alegra, con decisión, —lo primero es ir a todos los sitios donde están las fachadas para fotografiarlas y hacer un catálogo— Tenemos que buscarlas todas.

— ¡Todas! Son muchas, no vamos a poder en un día— dijo Damián, un poco contrariado por lo que se le venía encima, porque en realidad lo que buscaba era escaquearse de las típicas tareas de limpieza del verano.

— Tenemos toodo el verano, seguro que lo conseguimos— era obvio que Alegra no se iba a amedrentar.

Así discurrían los días. Iban de casa en casa, barrio por barrio, haciendo fotos desde todos los ángulos, primeros planos, perspectivas, picados, contrapicados, desde los balcones de enfrente, en definitiva, un trabajo exhaustivo.

La técnica se había recuperado con una Escuela-Taller e incluso con el incentivo de la administración para que se pudiera recuperar dicha técnica y restaurar las fachadas deterioradas, pero también, que la gente se animara a redecorar su fachada. Así, un pequeño *boom*, hacía que el pueblo fuese adquiriendo cada vez más fachadas singulares. Eso le daba un especial protagonismo ya que el paisaje *dehesario* y seco no ayudaba. E incluso se había obtenido un reconocimiento institucional. Capital Regional del Esgrafiado, ahí no hay nada.

En una de las rondas, pasaron por una plazoleta (la *llaná* en argot local) en forma de U,

en donde había varias casas, pero donde destacaban dos en especial, una enfrente de la otra, una con gran prestancia y señorío, encalada y pulcra y otra, igual de grande, pero con la fachada sucia y abandonada, con grandes desconchones, el rastro de un incendio y el tejado semiderruido. Vamos, una ruina. Pero que, sin embargo, Alegra se paró a contemplar. Estaba claro que en esa fachada aún guardaba el recuerdo de la técnica, se veía el revoco y con mucho cuidado se podía intuir el dibujo siguiendo las líneas desdibujadas, partidas, evocando de un preciosismo inusual. El dibujo, o al menos lo que quedaba de él, se intuía distinto. Era una sucesión de filigranas, cruces, parábolas, curvas, hojas que sugerían una belleza ahora perdida, fruto del deterioro y del fuego que asoló el caserón.

— La casa *tatuá*- susurró.

— ¿Cómo? — Dijo Alegra, saliendo de su ensimismamiento.

— Bueno en fino. La casa tatuada. Así me dijo mi abuelo que se conocía antiguamente, pero ni idea de donde le viene el nombre. Mi abuelo cuenta que estuvo ayudando de peón, cuando aún era un crío, en hacer esta fachada— dijo Emilio distraído.

— Ajá, ¿y sabes algo más? — era obvio que Alegra sabía que Emilio sabía y que se moría de ganas de contarlo.

— Mi abuelo no cuenta *ná*. Aquí sí que está 'callao', ja, ja. Por lo visto, fue de un indiano que se fue a las Américas y regresó con un buen capital, lo primero que hizo fue construir en un corral, que había heredado de su familia, una casa a lo grande. Justo enfrente de la casa de don Fidel Núñez de la Maza, un riquillo que tenía más fincas que pesetas, pero siempre estuvo orgulloso de su casa por ser la más grande y bonita del pueblo- lanzó como si la historia la hubiese escuchado ciento de veces.

— Orgullo de clase— susurró Alegra.

— ¿Cómo? Bueno eso. Cuenta los mayores que a don Fidel nunca le gustó aquel indiano, un rico nuevo, con sus aires modernos, culto y menos que se quisiera hacer una casa justo enfrente de la suya. Y cuando vio las dimensiones que estaba adquiriendo, puso todas las pegas del mundo a que Gonzalo Buenadicha, como se llamaba aquel indiano, se hiciera aquella casa. Lo denunció al Ayuntamiento, a la Guardia Civil, al Gobernador, intentó asustar a los albañiles, bueno, a todo el que pudo, pero aquella casa siguió adelante, pero quedó una inquina personal entre ambos que duró toda la vida.

Alegra fascinada, se quedó mirando la fachada y preguntó:

— Y ahora ¿de quién son las casas?

— Ah, la casa de don Fidel estuvo cerrada mucho tiempo. Luego algún heredero se la vendió a mi abuelo Emilio, pero está cerrada desde que se puso mayor y ya no podía estar solo. Ahora vive con nosotros. Pero está todo lleno de muebles antiguos, yo la he visto muy poco, a mi abuelo no le gusta mucho que entremos. Y la casa de enfrente, desde el incendio, quedó destruida y nadie ha vuelto a hacerse cargo de ella. Ahora es una ruina— dijo Emilio.

— ¿Un incendio? — preguntó, con la cara a unos centímetros de uno de los trozos de paño que aún se conservaban, admirada por la filigrana que se intuía.

— Pues sí, poco se sabe de aquello, ocurrió hace mucho tiempo. Mi abuelo era un chaval entonces. Según parece el Ayuntamiento, debido a la ruina y el abandono se ha hecho cargo de ella. La iban a derribar, pero mi abuelo les convenció de que la fachada era una obra maestra y que merecía conservarla. Se ha prestado incluso para restaurarla gratis. Bueno a dirigir los trabajos, mi abuelo no está para subirse a un andamio. No veas el interés que ha

puesto en que se arregle— dijo Emilio, el nieto, con cierta fascinación por el interés de su abuelo. —Creo que quieren hacer un museo del emigrante o algo así, es que aquí ha habido mucha emigración ¿sabe Vd.?

— ¿Y podría hablar con tu abuelo? me gustaría saber más de esta casa tatuada... — dijo Alegra, intuyendo una historia aún más interesante.

— ¿Con mi abuelo? Ahora está en el huerto, no se mueve mucho y con el tiempo, si antes hablaba poco ahora menos, se pasa los días regando las tomateras, dándole de comer a las gallinas y quitando las malas hierbas. Ya está mayor. No sé si querrá hablar contigo, pero se puede intentar— trazó Emilio en un santiamén.

Y en esos pensamientos, Alegra y la comitiva se fueron al bar más cercano a tomar los pinchos que ya era hora.

Emilio, el nieto, llevó a Alegra hasta el huerto del abuelo, una *parcelina* cerca del pueblo en una callejuela natural formada por las torrenteras que vienen del norte y que de muy de vez en cuando llevan agua corriendo a todo trapo. El resto del tiempo es un camino que el Ayuntamiento tuvo a bien arreglarlo y por ahí pasan vehículos y personas. Menos cuando llueve. A lo largo del cauce, a derecha e izquierda, hay unos huertos en donde los paisanos cultivan toda clase de hortalizas, aprovechando la bondad de las tierras y que el agua subterránea está a flor de piel, por lo que es fácil regar toda esa zona. Tomates, lechugas, ajos, cebollas compiten con higueras, frutales y encinas en un terreno generoso. Un micro-oasis en medio de una dehesa poblada de encinas, higueras, olivos, cerdos y ovejas. Y hasta allí llegaron. Al pasar la *engarilla* y en medio de tomateras y pimenteros, se erguía la figura de una persona ya entrada en años, con el pelo blanco y tocado con una

boina característica que, arremangado y encorvado, sacudía con fruición la tierra, oreando y limpiando de hierbajos sus queridos plantones.

Ya acercándose, Emilio el nieto, saludó con energía:

— ¿Cómo estamos, abuelo?

Emilio 'el Callao' se incorporó, miró al nieto y a la acompañante y sin más gesto que alzar ligeramente la barbilla, volvió a la tarea. Emilio, el abuelo, estuvo unos minutos con sus quehaceres hasta que entendió que ya había terminado y con la parsimonia que da una larga vida de trabajo de campo, recogió sus herramientas, regó unos surcos con plantones que no sabría decir de qué y se sentó en el poyo que había en la entrada de la parcela. Cogió un trozo de pan y un poco de queso añejo, y con una navaja cortaba al compás un poco de pan con queso que comía con parsimonia. Esta escena la contemplaba Alegra y Emilio, el nieto, se quedaron sin mover un músculo.

Entonces el abuelo, sin levantar la mirada, habló y ahí se paró el tiempo:

— ¿Qué quiere esta señorita tan guapa? No creo que venga a ver mis cebollas ¿estoy en lo cierto?

Varios segundos larguísimos y Emilio alzó la mirada como preguntando nuevamente '*¿estoy en lo cierto?*'. Alegra reaccionó y pudo agrupar algunas palabras:

— Sí, bueno, es que estoy haciendo un trabajo sobre fachadas y me han dicho que Vd. es un maestro y por eso yo quería...

— Poca cosa sé yo— dijo Emilio bajando la mirada otra vez.

— En realidad, me interesan los dibujos de la 'casa tatuada' me han dicho que Vd. estuvo

trabajando en esos... — en eso Emilio alzó la mirada y la clavó en su nieto que, con los ojos bien abiertos y aguantando la respiración, temía la reacción de su abuelo, por bocazas.

En ese momento, Emilio 'el Callao' se echó para atrás y respiró profundamente y dijo con voz queda:

— Esta historia pasó hace más de sesenta años, yo era un crío, pero ya empezaba de peón en todas las cuadrillas de albañiles del pueblo, porque el campo y el ganado no me acaba de gustar, y mira ahora, cavando y quitando malas hierbas. Había un maestro albañil que aún guardaba el gusto por las fachadas que había visto Vd. por ahí, decía que era una tradición que no había que perder, pero lo cierto y verdad que cada vez más casas se encalaban. Había llegado, a poco, un indiano, con pesetas, y que quería recuperar la hacienda de su familia, y uno de los corrales era precisamente lo que ahora es la casa, justo enfrente del caserón de don Fidel que se enorgullecía de tener la casa más bonita de la comarca. El indiano, en realidad no quería competir con don Fidel, quería una casa majestuosa y los pocos que hablaban con él decía que cuando se fue a América su familia vivió en sitios cochambrosos, chabolas hasta que la fortuna les fue sonriendo. Don Gonzalo, como se llamaba aquel indiano, se prometió a sí mismo que cuando tuviera posibles haría la casa de sus sueños. Y qué mejor sitio que el lugar de sus raíces. Pues bien, empezó la obra y enseguida don Fidel por envidia o por ver su capacidad de influencia comprometida, empezó a entrometerse con denuncias y con amenazas, lo cual dio lugar a una mala, muy mala, relación entre ambos. Mientras tanto, don Gonzalo, para rematar la faena, se enamoró perdidamente de la señorita Inés, la hija de don Fidel y jella de él! Un buen día, la casa de don Gonzalo salió ardiendo y hubo dos desaparecidos, precisamente don Gonzalo y la señorita Inés. Al principio se pensó que el fuego acabó con ellos pero no se encontró ningún

rastró, ningún hueso, nada. Durante mucho tiempo no se tuvo noticias de ellos. Lo que sí te puedo decir que la casa *tatuá* tiene mucho que ver con la historia. Al poco tiempo, don Fidel se dejó morir de pena...

Silencio.

— ¿Y ya está? — dijo Alegra, con una mueca de decepción.

— Qué poca paciencia tiene la juventud. En realidad no. Arreglé la casa, lo limpié todo, mandé restaurar los muebles que se podía salvar, otros se perdieron carcomidos por las termitas, pero lo que sí quedó fue la cómoda. Y el espejo. No los toqué. No sé, creía que debía dejarlo donde estaba, eran parte de la casa — de repente, tras una pausa dramática, sentenció:

— Pero ya he hablado mucho — Emilio 'el Callao' se levantó, recogió sus bártulos y se fue. Sin más. Allá sentados quedaron Alegra y su compañero, sin mover un músculo, con la boca abierta y sin reaccionar.

Al tiempo, Alegra, miró a Emilio, el nieto, que se encogió de hombros, se levantó y emprendió la marcha hacia el pueblo. Era anochecido, y la brisa cortaba un poco. Qué otra cosa se podía hacer. Pero Alegra tuvo una idea. Corrió tras Emilio, el abuelo y le pidió permiso para ver la habitación de la señorita Inés. Emilio, se sonrió, como esperando que se lo pidiera, asintió y siguió su camino. A la mañana siguiente, Emilio el nieto y Alegra se adentraban en la casa de don Fidel. Una casa solariega, sesquicentenaria, con un gran zaguán con habitaciones a uno y otro lado y una escalera con balaustrada de madera al final. Unos escalones de mármol blanco mate, alisados por los miles de pisadas que tuvieron que soportar a largo del tiempo. Los amigos no se pararon a contemplar los adornos de

cobre amarillo, ni los cuadros de marcos oscuros, ni los platos de cerámica que se posaban en todos los paños del zaguán. Decididos a averiguar el secreto mejor guardado subieron al piso superior. Rápidamente entraron en el dormitorio de la señorita Inés y la luz del exterior, que atravesaba inmisericorde la cristalera, les hizo bajar la mirada. Allí estaba la cama, la lámpara, la alfombra, la cómoda y el espejo. No tardó Alegria en colocarse delante del espejo y durante unos largos minutos estuvo contemplando su imagen. Emilio, detrás, contemplaba la escena. De pronto, aburrido, se movió hacia el balcón abrió la puerta, y el chirrido de la bisagra vieja, hizo que Alegria, inconscientemente, dirigiera la mirada la ventana reflejada en espejo. Y algo vio. Sí, era la fachada de enfrente, la casa tatuada, que se veía deteriorada con sus manchas, desconchones y restos carbonizados. Pero un detalle llamó su atención aún se inclinó hacia el espejo y levantó la mano hasta chocar en el espejo, justo donde se intuía la cenefa de don Gonzalo. Y, sí, algo vio. ¡unas palabras! Sí, estaba segura: ...doce ...las do..e....ard... ..tras.....sia. Se giró rápidamente, salió corriendo hacia el balcón y vio la cenefa. Los restos de ella. Y, claro, las palabras estaban rotuladas de derecha a izquierda, al revés.

— Ya lo has descubierto ¿verdad? A mí me costó mucho más que a ti — el abuelo Emilio, estaba justo en el quicio de la puerta, mirando la fachada.

— ¿Y sabe Vd. lo que pone? — susurró Alegria, sin dejar de mirar la cenefa.

— Me he tirado años mirando la fachada intentando descubrirlo, pero el fuego se llevó gran parte del secreto. Ayer no terminé de contarle la historia. El día del incendio, empezaban las fiestas del pueblo. Venían feriantes y merchanes de ganado. Del pueblo de arriba bajaba un fotógrafo con su cámara con trípode haciendo fotos a los que podía pagarle. Recuerdo que

estaba en la *llaná* de la casa *tatuá* el fotógrafo entró en la casa de don Fidel, y que por primera vez en mucho tiempo las puertas del balcón se abrieron. Salió la señorita y don Fidel y posaron para el fotógrafo que desde dentro les hacía fotos, juntos, pero también sólo la señorita. Al poco entraron y el balcón no se volvió a abrir. Aquella noche, había fuegos artificiales en la plaza mayor y en la *llaná*, como todos los años, una verbena donde estaba todo el mundo. A medianoche ocurrió la tragedia...

— Bueno, ¿ya está? Dos desapariciones misteriosas y un muerto y ¿nadie sabe qué pasó? No me lo creo— dijo Alegra, con desilusión.

— A lo mejor la respuesta la tienes más cerca de lo que parece. Pero es un paso que tienes que dar tú — dijo Emilio, en su nueva faceta misteriosa.

— ¿Yo? ¿Cómo? — dijo Alegra con asombro.

— ¿Qué te ha contado tu padre del pueblo? — Dijo Emilio, añadiendo más misterio al tema si cabe, mientras se marchaba sin esperar respuesta.

El verano pasó. Alegra recogió todos los datos que necesitaba, innumerables testimonios, legajos del ayuntamiento y un catálogo sin fin de fotos. Más que suficiente para empezar su tesis. Y con esas volvió a casa de su padre, y no podía olvidar la historia de la casa tatuada ni las últimas palabras de Emilio 'el Callao'. Así que, nada más dejar las maletas, agarró a su padre la sentó en la mesa de la cocina y le espetó sin dejar de mirarle a los ojos:

— ¿Qué sabes de la casa tatuada? — EL padre de Alegra, la miró durante unos instantes, subió las cejas y se echó para atrás en su silla:

— ¿Has hablado con Emilio, verdad? — no necesitaba que le contestara y sin esperar que la

volvieron a insistir empezó a hablar:

— Supongo que te habrá contado lo del incendio y el escándalo del pueblo por la desaparición misteriosa de Inés, que a Gonzalo no lo encontraron y que poco después falleció el padre ¿verdad? — Alegre asintió, sospechando ya que había mucho que no sabía, y que como dijo Emilio, la verdad la tenía más cerca de lo que parecía. En eso su padre se levantó, y al cabo de un rato volvió con un álbum de fotos muy elegante, pero muy antiguo y una lupa.

— Algún día tenía que ser y ya es hora que conozcas la historia, mira esta foto.

Abrió el álbum por la mitad y allí a toda página había una foto ya sepia pero que se conservaba muy bien. Era una chica joven, sonriente, apoyada a la barandilla de un balcón, y en el fondo una casa con una fachada extravagante, con muchos dibujos. La foto estaba sacada de dentro a fuera y se veía con luminosidad. Alegre no tardó en reconocer el balcón y la fachada:

— ¡Es la casa tatuada! Pero ¡no está quemada, se ve el dibujo!— Su padre le acercó la lupa y le dijo:

— Mira la cenefa, si te fijas, puedes leer lo que pone, supongo que ya sabes que está al revés... en espejo...— Alegre cogió la lupa, ojiplática total porque no había caído en esa posibilidad. Se acercó y siguiendo con el dedo, en silencio, siguió la cenefa, que tantos quebraderos de cabeza le dio en el verano:

El+día+doce+a las+doce+la+casa+ardera+y+yo+estare+tras+la+iglesia

Alegra, en un susurro, dijo:

— “*El día doce a las doce la casa arderá y yo estaré tras la iglesia.*” ¡Es una cita, para huir juntos, a la vista de todos! El corazón le palpitaba, y entonces lo comprendió todo — Entonces Inés es...

— Sí, tu bisabuela. Y Gonzalo...tu bisabuelo. No encontró otro modo de quedar con ella ya que tu tatarabuelo Fidel no dejaba que nadie la viera o le diera nada, ni siquiera Aquilina. — Nunca me contaste la historia de los bisabuelos...— dijo Alegra entre asombrada y contrariada.

— Sí, es cierto, y te pido disculpas, cuando creciste perdiste interés en el pueblo y solo ahora con la tesis has querido volver sobre tus pasos.

— De todos modos, ¿Cómo se dio cuenta Inés del mensaje en la pared? — inquirió la investigadora.

— Bueno, esa es una buena pregunta. Pero los protagonistas no están para contestar. Lo que sí sabemos es que era un romántico empedernido, le gustaba los acertijos y los juegos de palabras, y a Inés le encantaba el esgrafiado, eso está en sus cartas y por eso su interés en hacer la fachada esgrafiada más bonita del mundo, para que ella “se fijara en los detalles”... vamos digo yo. Recuerda que eran otros tiempos...—

Alegra se quedó mirando la foto, se fijó en su bisabuela que sonreía sinceramente. Ya sabía por qué sonreía de esa manera y por un instante, por un momento fugaz, vio (más bien creyó ver) que aquella joven alegre y feliz le guiñaba un ojo.

FIN